

¿Para qué el diálogo interreligioso?

Javier Melloni

fe-iglesia

Debido a la situación actual de pluriculturalidad y globalización, últimamente se han multiplicado los encuentros interreligiosos de todo tipo, ámbito y nivel. La pregunta que brota, tanto entre creyentes como en no creyentes, es: ¿Para qué sirven todos estos encuentros? ¿Hasta dónde pueden llegar a dialogar las religiones entre sí? ¿Es legítimo orar conjuntamente y cuál es la implicación de esta oración en común? ¿Es posible ir más allá del respeto para llegar al consenso? Un consenso que se teme porque parece que pueda implicar la renuncia a elementos fundamentales de la propia tradición.

A algunos les parece que avanzamos muy lentamente y a otros, demasiado rápido. Como siempre, se trata de sensibilidades, pero no sólo de ello, sino también de situaciones vitales y contextuales. Lo que es claro es que no es posible la vuelta atrás. No se puede ir contra la marcha del tiempo ni en contra de la dirección de la historia.

La especie humana está entrando en una nueva fase: el reto de saber encontrarse en la reciprocidad. Frente al aislamiento de las culturas paleolíticas y la tendencia a la expansión de las culturas neolíticas hasta la era industrial, nos hallamos ante una situación nueva a todos los niveles, que es la pluralidad de culturas, cosmovisiones y religiones conviviendo por doquier. Sin duda, todavía existen predominancias culturales y religio-

sas según las áreas geográficas, pero los actuales medios de comunicación y de transporte están desdibujando las identidades territoriales. El cruce de etnias, lenguas, costumbres, valores y creencias afecta a la mayoría de los habitantes del planeta.

Es en este contexto que hay que preguntarse por el estado del diálogo interreligioso, caer en la cuenta de las diversas instancias y niveles que es-

el diálogo interreligioso implica una voluntad explícita de encuentro, de intercambio, de indagación compartida por la verdad y de interés sincero por cómo se expresan el misterio de lo divino y de lo humano

tán en juego y reflexionar sobre las motivaciones de estos encuentros y el rol que tienen en el presente momento civilizatorio.

Antecedentes del diálogo

Cuando hablamos de diálogo interreligioso no nos referimos a un evento casual y azaroso, sino a una voluntad y actitud conscientemente receptiva e interactiva ante otras formas de creencia. Los contactos con otros pueblos han despertado, desde siempre,

interés en unos y sospecha e inquietud en otros, sobre todo cuando esa alteridad se ha desplazado al interior de una identidad consolidada y hasta entonces homogénea. Desde que dos tribus diferentes se encontraron y comenzaron a interesarse por sus mutuas creencias, comenzó el diálogo.

En la misma Biblia se dan encuentros algunos luminosos entre personajes religiosos de pueblos diferentes, como el de Abraham con Melquisedec (Gn 14,18-19) o el caso de Balaam, profeta medianita que se deja interpelar por la fe de Israel y al que la Biblia reconoce sus dones proféticos (Nm 22-24).

Con todo, este encuentro entre religiones no es lo que más abunda en la historia debido al fuerte sentido identitario defensivo —y también ofensivo— que vehiculan. Acercándonos en el espacio y en el tiempo, sabemos poco de la convivencia cordial en la España de las tres culturas. Con excepción de algunos encuentros entre sabios, lo que se producía era, en el mejor de los casos, una mera yuxtaposición entre ellas. Pero esto no es todavía diálogo interreligioso. Éste implica una voluntad explícita de encuentro, de intercambio, de indagación compartida por la verdad y de interés sincero por cómo se expresan en otras categorías el misterio de lo divino y de lo humano.

Uno de los antecedentes del verdadero diálogo lo encontramos en el norte

¿Para qué el diálogo interreligioso?

de la India en el siglo XVI, cuando el emperador mogol Akbar promovió debates interreligiosos a los que asistieron diversos jesuitas enviados desde Goa.

*la convicción de sus
promotores era que las
religiones eran uno de los
vehículos que más podían
favorecer el encuentro entre
los pueblos*

Acercándonos más en el tiempo, el impacto de otras religiones en Occidente se empezó a dar en el siglo XIX, con las primeras traducciones de los textos sánscritos. Max Müller (1823-1900) en Alemania y otros eruditos en Inglaterra hicieron posible la difusión de textos grandiosos como los *Upanishads* o el *Bhagavad Gita*. Filósofos como Schopenhauer (1788-1860) quedaron impactados por la lectura de estas Escrituras. Lo que hasta entonces habían sido aproximaciones veleidosas al exotismo de otros pueblos o idealizaciones del buen salvaje del mundo aborígen americano, africano o de las islas del Pacífico, comenzó a presentarse como una alternativa cosmovisional.

Con la independencia colonial de estos pueblos tras la Segunda Guerra

Mundial, sumado al desarrollo de los medios de comunicación y de transporte y reforzado por el acelerado fenómeno migratorio, hoy es imposible pensarnos solos. La interculturalidad del momento actual de la humanidad conlleva el ejercicio del diálogo, lo cual afecta a la experiencia de fe e interpela a las religiones tradicionales en su modo de situarse ante las demás.

Al compás del proceso descrito, fueron apareciendo desde finales del siglo XIX diversas iniciativas y plataformas que han promovido el encuentro entre las religiones.

El Parlamento de las Religiones

La primera se remonta a 1893, en Chicago, con ocasión de una exposición universal que conmemoraba el cuarto centenario del mal llamado *Descubrimiento* de América, sino, más bien, de la llegada de los occidentales a América. Para ello se convocó el primer *Parlamento de las Religiones del Mundo* (*Parlament World's Religions*). La convicción de sus promotores era que las religiones eran uno de los vehículos que más podían favorecer el encuentro entre los pueblos. Concibieron este *Parlamento Mundial* como una búsqueda espiritual y como un ejercicio de comparación de las religiones¹. Acudieron casi cuatrocientos

¹ Cf. J. H. BARROWS (ed.), *The world's Parliament of Religions*, Chicago, 1893, t. I, p. 75.

delegados de diversas partes del mundo.

Una de las intervenciones más destacadas fue la de Swami Vivekananda (1863-1902), discípulo del místico hindú Ramakrishna y organizador de la misión que lleva su nombre. Allí se constituyó el *World Fellowship of Faiths* (*La compañía mundial de las fes*). A causa de las dos guerras mundiales quedó interrumpida la continuidad de estos encuentros.

El segundo Parlamento no se convocó hasta 1993, de nuevo en Chicago, como homenaje de lo que había acontecido cien años antes. En ella se proclamó la *Declaración para una ética mundial*, iniciativa liderada por Hans Kung².

El Tercer Parlamento tuvo lugar en 1997, en Ciudad del Cabo (Sudáfrica), para celebrar la entonces reciente abolición del *apartheid*. En esa ocasión se leyó una declaración dirigida a las instituciones con influencia mundial.

El cuarto Parlamento tuvo lugar en Barcelona 2004, cuyo lema fue: «*Caminos por la paz. De la sabiduría de la escucha a la fuerza del compromiso*». Esta reunión supuso en España una potenciación de los movimientos interreligiosos.

² Éste y otros documentos se encuentran en: FRANCESC TORRADEFLOT (ed.), *Diálogo entre religiones. Textos fundamentales*, Trotta, Madrid, 2002.

Otras iniciativas

Volviendo al plano internacional, en los años sesenta se promovieron encuentros interreligiosos convocados por el *Templo de la Comprensión* (*The Temple Of Understanding*), impulsado por altas damas de la sociedad norteamericana, que tuvieron bendiciones de Juan XXIII y Pablo VI, así como contactos con altos políticos de la India. Conoció unos años de relevancia:

*el primer gran encuentro
interreligioso por la paz
después de la Guerra no se dio
hasta 1966, en Washington*

el primer encuentro tuvo lugar en Calcuta en octubre 1968, en el cual participó Thomas Merton pocas semanas antes de su muerte; el segundo fue en Ginebra, en abril del 1970; el tercero en Harvard (octubre 1971); el cuarto en Cornell University (Nueva York); y el último, también en Nueva York (1975), cuyo texto conclusivo fue leído en la ONU. Fue una ocasión histórica ya que, con excepción de la presencia de Pablo VI en 1965, fue la primera vez que representantes de las religiones tenían una palabra pública en la ONU.

Con una intención más explícita a comprometerse por el trabajo por la paz, nació en Kyoto en 1970 la *Confe-*

¿Para qué el diálogo interreligioso?

rencia Mundial de las Religiones por la paz (WCRP). Si bien el Congreso Mundial de Fes, el Templo de la Comprensión y la Asociación Internacional para la libertad religiosa entendían que su trabajo contribuiría a la paz y orden del mundo como consecuencia de revitalizar los valores espirituales, la Conferencia Mundial de las Religiones por la paz trata de implicar desde el comienzo a las instituciones religiosas para que tenga una influencia política efectiva sobre el mundo.

Sus antecedentes se remontan hasta la vigilia de la Primera Guerra Mundial, con algunas intervenciones durante el período de entreguerras (1918-1939), así como durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque el primer gran encuentro interreligioso por la paz después de la Guerra no se dio hasta 1966, en Washington. Ello hizo ver la necesidad de un encuentro mundial, en el cual se debía contar con la aportación asiática, con asociaciones como la Fundación Gandhi por la Paz, y con la participación de otras instituciones como el Concilio Mundial de las Iglesias con sede en Ginebra, el Vaticano, el Patriarcado de Estambul, etc.

Finalmente, la Conferencia se determinó hacer en Kyoto, ciudad sagrada de Japón, con todo lo que este país simbolizaba tras la devastación atómica de dos de sus ciudades. La conferencia fue un éxito, aunque se lamentó la escasa presencia de hindúes y de musulmanes. También hay que

resaltar la intervención del monje vietnamita Thich Nhat Hanh, que expresó su incomodidad por el lujo de las instalaciones: «Impropias —dijo— para aquellos que trabajan por un mundo más justo». La constitución de la Conferencia recibió la acreditación de la ONU, en la cual tiene su espacio, tanto en la sede de Nueva York como de Ginebra.

Las siguientes asambleas se han ido convocando cada cinco años en diversos lugares del mundo: Lovaina (1974), Princeton (1979), Nairobi (1984), Melbourne (1989), etc. El verano pasado (2006) volvió a tener lugar en Kyoto. Cada vez, con declaraciones vigorosas sobre la paz, el desarme, y la apelación a crear sistemas económicos y políticos justos en el mundo.

Otro tipo de plataformas internacionales son las que coordinan grupos de ámbito local. La más importante es la *Iniciativa de las Religiones Unidas* (IRU o URI en el ámbito anglosajón). Lo que la caracteriza es su ágil estructura. Para que un grupo se constituya sólo se requiere que participen al menos cinco confesiones religiosas diferentes y que establezcan un ritmo mínimo de periodicidad. Los miembros participan en tanto que creyentes a título individual, no como representantes oficiales de sus respectivas tradiciones. Su constitución oficial tuvo lugar en Pittsburgh (UK), en junio del 2000, aunque se remonta a 1996, creada bajo el impulso del obispo episcopaliano

William Swing. Actualmente cuenta con una red de unos 170 grupos esparcidos por todo el mundo. Cada grupo dispone de plena autonomía local, y se coordinan a dos niveles: regional–continental y mundial.

Con un carácter más académico cabe mencionar el *Centro Internacional de Interfes (Internacional Interfaith Center)*, fundado en 1993 entre el *Congreso Mundial de las Fes* y el departamento de Teología y Estudio de las Religiones de Oxford. Con ellos se consolidaba el *Inter Faith Network*, establecido formalmente en 1987. De él se desprenden los llamados *Centros Interfaith*, que, al igual que la IRU, consisten en una red de grupos interreligiosos locales que se reúnen habitualmente.

Desde una perspectiva más comprometida con los conflictos de convivencia intercultural, el *Goldin Institute*, nacido originariamente al amparo del Parlamento de las Religiones del Mundo, ha ido creando una red internacional de entidades interreligiosas que propician la mediación para lograr la cohesión social. Para ello promueve encuentros anuales con líderes religiosos locales en diversas ciudades del mundo.

Todavía cabe mencionar el *Consejo Mundial de Líderes religiosos* (fundado en agosto del 2000), en el interior de la ONU, así como las cátedras de diálogo interreligioso que está promo-

viendo la UNESCO y los simposiums que convoca este organismo mundial, en los que se consensúan documentos relevantes como la *Declaración sobre el rol de la Religión en la Promoción de una Cultura de la Paz* (Barcelona, 1994).

Organizaciones cristianas

En el ámbito específicamente cristiano, hay que destacar la existencia del *Consejo Ecuménico de las Iglesias (CEI)*, fundado en Ginebra en 1948, el cual se ha ido implicando progresivamente en el ámbito interreligioso, así como también ha sucedido con el *Consejo Mundial de las Iglesias (CMI)*, en las que participan la mayoría de las Iglesias Protestantes (más de trescientas).

En el ámbito estrictamente católico hay que mencionar el Consejo Pontificio para el diálogo interreligioso, el cual ha promovido diversos encuentros. Existen también plataformas bilaterales o trilaterales, bien sean islamo–cristianas, judeo–cristianas, indo–cristianas o judeo–islamo–cristianas³.

En España, a partir de la celebración de IV Parlamento de las Religiones en Barcelona en julio del 2004, se aceleró la aparición de plataformas interreli-

³ Para una información más completa, véase: JEAN–CLAUDE BASSET, *El diálogo interreligioso*, DDB, Bilbao, 1999.

¿Para qué el diálogo interreligioso?

gias. En Cataluña se crearon dos: el *Grup de Treball Estable per al diàleg interreligiós*, constituido por representantes oficiales de las diversas tradiciones de Cataluña y la *Xarxa Catalana d'Entitats de Diàleg Interreligiós*, la cual está integrada actualmente por diecisiete grupos del área catalano-valenciana, incluyendo Andorra y el Rosellón francés.

Las entidades que constituyen esta red son de carácter muy diverso: desde las que responden a intereses locales, como la de Lérida, Manresa, Alicante o el Raval de Barcelona, hasta otras de reflexión y estudio (CETR y *Vivarium*) o una de carácter contemplativo. En el resto del Estado español existen otros grupos como la *Asociación para el Diálogo Interreligioso de la Comunidad de Madrid* (ADIM), la *Cátedra de las Tres Culturas* en Valencia, *Encuentro de Caminantes* en Canarias, el *Foro Espiritual* de Estella (Navarra), o la *Fundación Pluralismo y Convivencia*, de carácter privado pero promovida por el Consejo de Ministros para contribuir a la promoción de la libertad religiosa de las minorías.

Recientemente se ha creado la *Iniciativa Cambio Personal, Justicia Global*, con sede en Sevilla, cuya vocación es integrar la transformación social con la transformación interior, los dos polos de toda religión.

Ante tal panorama, hacemos caer en la cuenta de dos cuestiones: por un

lado, el carácter preponderantemente laico y aconfesional de estas plataformas y, por otro, la aparente dispersión de tantas iniciativas. Respecto a la primera cuestión, es fundamental tomar conciencia de que ha sido el marco del secularismo el que ha posibilitado la mayoría de estas iniciativas interreligiosas. De estar en manos de las instituciones religiosas, avanzaríamos con mucha más lentitud. En cuanto al alud de tal cantidad de entidades, grupos, plataformas y organizaciones, hay quienes plantean la

detrás de la gran variedad de motivaciones que promueven los encuentros interreligiosos, subyace un principio antropológico fundamental: sólo amamos lo que conocemos

conveniencia de agruparlas o coordinarlas. Sin embargo, el sentimiento más general es que hay que respetar esta diversidad, ya que ha surgido del impulso mismo de la vida y del Espíritu, que no sabemos de dónde viene ni a dónde va.

¿Para qué el diálogo?

Detrás de la gran variedad de motivaciones que promueven los encuen-

tros interreligiosos, en todos ellos subyace un principio antropológico fundamental: sólo amamos lo que conocemos. Mientras no se da este conocimiento, *el otro* nos resulta una alteridad amenazante. Hay que exorcizar los fantasmas del miedo. El temor deforma la percepción del diferente. El diálogo posibilita el reconocimiento de la otredad, el descubrimiento

en los pasillos del Vaticano

se decía irónicamente:

«No vamos a Asís para rezar juntos, sino que vamos juntos a Asís para rezar»

de que su creencia no es desvarío, sino que es el camino por donde el otro avanza hacia su propia humanidad y se abre al Misterio último que nos trasciende a todos.

Hemos visto que lo que sostiene estos encuentros son razones y deseos diversos: desde el instinto por favorecer la convivencia local hasta el deseo de compartir las indagaciones del espíritu que cada tradición custodia, pasando por sensibilidades más proféticas y activistas que creen en la fuerza de las religiones para lograr un mundo más justo hasta los encuentros contemplativos donde se intercambia la fuerza del silencio.

El ámbito de la oración compartida merece un comentario específico. La oración en común puede ser punto de llegada o punto de partida. Punto de llegada porque supone compartir lo más íntimo que se tiene, y ello sólo es adecuado después de haber hecho un largo camino en común. Pero también puede ser un punto de partida, en la medida que se tiene la certeza de que encontrándonos ante Quien nos convoca a todos, podemos iniciar otros compartires o diálogos.

La jornada interreligiosa convocada en octubre de 1986 en Asís por Juan Pablo II marcó un hito, porque mostró que este tipo de encuentros eran posibles. Sin embargo, no se ha interpretado de mismo modo en todos los círculos. Mientras que para unos fue el espaldarazo para legitimar las oraciones interreligiosas, en los ámbitos eclesiásticos es invocado como un tope. Porque lo que sucedió en Asís no es que se orara en común, sino que cada tradición religiosa primero oró separadamente en un lugar diverso de Asís, y luego se encontraron todas en Santa Maria dei Angeli para leer una declaración conjunta por la paz, momento que recogieron las múltiples fotografías en las que se ve al Papa junto a los demás líderes religiosos. En los pasillos del Vaticano se decía irónicamente: «No vamos a Asís para rezar juntos, sino que vamos juntos a Asís para rezar». Sutilidades del lenguaje curial que abren abismos en la inocencia de la gente.

¿Para qué el diálogo interreligioso?

Es evidente que orar con otras tradiciones nos compromete, porque nos sitúa en un lugar de despojo y a la vez de comunión última. Quien ha orado con otro ha compartido algo muy sagrado de sí mismo y el otro empieza a no serle ajeno. Por ello, unos temen esta oración en común, mientras que otros la anhelan.

Dos horizontes del encuentro

En los foros interreligiosos conviven dos modelos: los que conciben los encuentros como un compartir a partir de las identidades, defendiendo el valor sagrado o irrenunciable de la diversidad, y los que conciben que vamos hacia una trans-religión o meta-religión capaz de abrazar a todas las religiones actuales más allá de sus diferencias. Ambas mentalidades están llamadas a convivir. Ambas son necesarias: la unión sin diferencia lleva a la absorción y a la disolución en un todo impersonal y sin contornos, mientras que la diferencia sin unión es mera yuxtaposición. En el Congreso Mundial de Fes (Londres, 1936), el rabino Israel Mattuck defendía la primera posición en estos términos:

«No estoy abogando por una religión que incluyera a toda la humanidad. Me gusta la diversidad. No quisiera un mundo con una religión única como no deseo tener en mi jardín rosas de un único color. Pero podemos lograr una diversidad sin enemistad y cuando lo consigamos, el

mundo estará más preparado para recibir nuestro mensaje sobre la unidad y la paz entre los humanos»⁴.

Tan importante es descubrir lo que nos une como lo que nos distingue, pero no por ello nos separa. La identidad es necesaria porque nos da el conocimiento del propio contorno. Pero estos contornos pueden estar blindados o abiertos; pueden estar crispados, pendientes sólo de que el otro no absorba mi identidad, o pueden estar al servicio de descubrir que la diferencia es enriquecedora de la alteridad. La piel de ser humano es una frontera: donde acabo yo empiezas tú. Pero al mismo tiempo es abertura: mi acabar es tu empezar. Lo mismo ocurre con las religiones.

Hoy es tiempo de muchas cosas a la vez. A mi entender, todas las iniciativas tienen su lugar y su razón de ser. Es bueno y necesario que haya grupos que desde el interior de cada tradición religiosa —e incluso desde ninguna tradición—, aboguen por un espacio común que trascienda los espacios antiguos. Y también es necesario que las tradiciones religiosas deseen preservar intocable su identidad, sin que estén dispuestas a dejar de ser ellas mismas.

⁴ Citado por: MARCUS BRAYBROOKE, *Pilgrimage of hope. One Hundred Years of Global Interfaith Dialogue*, SCM Press Ltd, London, 1992, p. 68.

Dicho con una metáfora: para que haya colores secundarios no tienen que desaparecer los primarios. Para que pueda haber una rica gama cromática, tienen que seguir existiendo los colores elementales, pues sólo con ellos se pueden hacer más colores sin ensuciarlos. Del mismo modo, la existencia de los colores primarios no priva el que haya secundarios y terciarios. Por otro lado, el blanco es la síntesis de todos los colores, pero sería un error pretender que todo fuera blanco.

Hay que evitar ese extremo, como también el contrario: las posiciones blindadas tan preocupadas por su propia identidad que hacen imposible el encuentro. Hemos de lograr una danza entre ambas sensibilidades para que se fecunden una a otra.

Atravesados de futuro, no debemos de olvidar que somos resultado de una riquísima sedimentación del pasado. No podemos pretender que con nosotros empieza la historia. Miles de años sostienen a las diversas tradiciones y no lo podemos despreciar. Hemos de cuidar no perder esos le-

gados y ser respetuosos con los procesos. Hemos de ser audaces y a la vez pacientes. No podemos banalizar la herencia que hemos recibido para precipitarnos al encuentro. El diálogo interreligioso no supone una amenaza para las tradiciones milenarias, sino su enriquecimiento.

Cada tradición es un elemento fractal de esa unión en la diversidad. Lo rico de la aventura en la que nos hallamos es lograr el encuentro preservando la diferencia. De aquí que cada fragmento haya de cultivarse por sí mismo y ser ahondado en la propia identidad. De lo contrario, se acaba perdiendo la fuerza de cada singularidad.

Y, al mismo tiempo, hemos de avanzar en descubrir todo aquello que nos une para que las religiones sean uno de los vectores que promueva la reconciliación y la armonía entre las culturas y los individuos. Para ello, todas las voces son necesarias: las más prudentes y las más audaces, las más contemplativas y las más proféticas, las más inmediatas y las que son capaces de mirar más lejos. ■